

reflexión sobre el tema—, que permiten al lector comprender algo de la complejidad y de los muchos aspectos peculiares de la evolución de esta región. Sin duda, la obra de Almada llegará a ser lectura obligada para cualquier persona interesada en adentrarse en la exploración de su pasado.

Lawrence Douglas Taylor Hansen
EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

Emilio Zebadúa, *Breve historia de Chiapas*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, México, 1999, 187 pp.

Antes de 1994, Chiapas representaba para muchos un lugar de indescriptible belleza física, en el que además de paisajes, edificios coloniales o ruinas mayas podía encontrarse el folklore de la vida indígena. Los entretelones de la historia local eran escudriñados por especialistas y, más allá de los círculos académicos, poco interesaban los resultados obtenidos. La aparición en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) transformó, sin embargo, el tipo de mirada que dentro y fuera de México se hacía con respecto a una porción importante de su frontera sur.

A partir de entonces, un público amplio presta atención al devenir chiapaneco y, si bien la curiosidad mayor y las ofertas editoriales que han buscado darle respuesta se centran sobre todo en la coyuntura reciente, el largo plazo conserva sus fueros como hilo explicativo de cuanto hoy en día acontece o deja de acontecer. Desde tal perspectiva, *Breve historia de Chiapas*, de Emilio Zebadúa, representa la oportuni-

dad de conocer los distintos procesos que dieron su fisonomía actual a la entidad; aunque el proyecto que da vida al texto rebasa interrogantes surgidas en la inmediatez de los hechos, su contenido contribuye al análisis de estos últimos.

Al igual que otros libros de la misma colección, el trabajo de Zebadúa se encamina a difundir la trayectoria particular de una de las entidades político-administrativas que componen el México moderno. En su caso, a la ya de por sí ardua tarea de presentar en menos de 200 páginas un recorrido que abarca desde los primeros tiempos en que el territorio empezó a ser poblado, hasta la última década del siglo XX, habría que agregar el complicado escenario al que conduce dicha trayectoria.

En la medida en que se trata de una obra de divulgación, la carga del presente a la hora de leer el pasado tiende a difuminarse y la mira queda enfocada en las líneas generales de la historia chiapaneca; sin embargo, al repasarlas se van dibujando los distintos actores y momentos que han hecho de la entidad un espacio en el que impera la polarización. En el mismo sentido, la carencia de un aparato crítico al cual dirigirse para profundizar en la gran variedad de temas abordados, se suple con la inclusión de una bibliografía comentada, bajo el título de “Lecturas chiapanecas”, anexo que amplía los alcances de una síntesis inteligentemente hecha, pero cuya misma razón de ser la obliga a dejar en el tintero más de un tema. El interesado podrá recuperar en esta última parte, desde estudios de carácter general hasta aquellos dedicados a aspectos particulares de la economía, la política, la sociedad y la cultura durante las distintas etapas del periodo reseñado.

El inicio del camino por el que nos lleva Zebadúa remite a las características geográficas de Chiapas; con el apoyo de mapas, nos muestra la lejanía que ha marcado su relación con el centro del país y cómo ello ha derivado en rezagos importantes con respecto a otras partes de México; también queda claro que la posibilidad de explotar sus riquezas naturales sin tomar en cuenta las necesidades de la mayoría de quienes allí viven, se ha visto favorecida por la complejidad hidrológica y topográfica de un paisaje con serios problemas de comunicación interna. Podría decirse que desde el momento mismo en el que los mayas descendieron a las tierras tropicales de la Selva Lacandona y Guatemala, la ubicación y características físicas del área ocupada se convirtieron en piezas estructurales de un desarrollo para el que el entorno nunca ha sido mera escenografía.

Como bien señala el autor, la naturaleza incidió en los distintos grupos étnicos que se derivaron de la familia maya y que en compañía de otras culturas indígenas se convirtieron en los primeros pobladores de Chiapas; su relativo aislamiento se mantuvo hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI y ello se reflejó en una dispersión y fragmentación que contrastaba con las formas políticas y culturales alcanzadas en la península de Yucatán y/o en Guatemala.

Los siguientes capítulos en los que se divide el libro atienden a una periodización amplia en la que se busca combinar grandes momentos de la historia nacional como la conquista, la colonización, la independencia, el ascenso liberal, el porfirismo y la revolución, con procesos internos que, en buena medida influidos por el aislamiento en el que se encontraba Chia-

pas, acabaron por imprimir tintes particulares dentro del plano estatal a los influjos gestados fuera del mismo. Bajo los títulos de: "Las conquistas de Chiapas"; "Un pueblo repartido"; "Independencia e incorporación"; "Los Altos y el valle central"; "Las inversiones del centro"; "La revolución mapache", y "La política organizada" se recuperan así los acontecimientos locales más importantes.

Uno de los hilos conductores que además de su situación lejana y abandonada puede desprenderse de la lectura de todos ellos, se teje alrededor de los ambiguos lazos identitarios construidos entre la entidad y las dos cabezas que reclamaban tener jurisdicción sobre su territorio; desde la llegada de los españoles empezó la disputa por la paternidad de la provincia de Chiapa (incluyendo la Selva Lacandona y el Soconusco), pero como la corona acabó por integrarla formalmente a Guatemala, México debió esperar poco menos de tres siglos antes de convertirla en uno más de sus estados, situación que nunca se tradujo en relaciones de equilibrio y apoyo y que contribuyó a generar sentimientos encontrados de pertenencia y alteridad hacia ambos países.

Visto en el largo plazo poco importó dónde quedase ubicada; como bien destaca Zebadúa, ante los ojos de los conquistadores, el punto neurálgico era la riqueza proveniente de la tierra y de los indios para trabajarla. A pesar de la oposición de religiosos como fray Bartolomé de las Casas y fray Pedro de Lorenzo, por mencionar a dos de los más representativos, ambos recursos fueron explotados bajo los mismos patrones que en el resto de América Latina y los indígenas fueron diezmados y/o sometidos por la fuerza, de tal manera que al concluir la fase militar de

la conquista se encontraban en su mayoría controlados.

Ello nos lleva a otro de los elementos que han permeado la cultura local a través de los años: el racismo; sus raíces se nutren de valoraciones subjetivas y necesidades objetivas difíciles de separar a la hora de analizarlo, y en una *Breve historia de Chiapas* no podría por supuesto agotarse el tema, pero sus diversas manifestaciones hacen acto de presencia conforme la trama se desarrolla. Entre líneas el lector descubre cómo el reducido número de españoles y mestizos que se estableció en la provincia identificó a los conquistados con una otredad que el sustantivo-adjetivado indio sublimaba, y cómo a lo largo del coloniaje ese segmento de la población se convirtió en la riqueza más abundante del lugar.

Los números que proporciona el autor ilustran más allá de cualquier interpretación los términos bajo los cuales se construyó un intercambio basado en la desigualdad:

A la llegada de los españoles, la población de Chiapas (Chiapa y Soconusco), Tabasco y Yucatán, según algunos cálculos, era de alrededor de 1 700 000 habitantes. A fines de la conquista la población se había reducido a poco más de 25% de la cantidad original (casi 400 000 habitantes), y 100 años después había caído otro 25%, aunque tendió a estabilizarse. A partir de entonces la población indígena comenzó a recuperarse, sin quedar exenta de las recurrentes epidemias y hambrunas. Sólo en Chiapas se calcula que la población cayó a menos de 80 000 habitantes a unas décadas de la conquista; durante los siguientes decenios se estancó e incluso disminuyó un poco más. A pesar del trauma demográfico, la población indí-

gena predominó sobre los españoles y mestizos en Chiapas; al menos de manera muy clara en varias regiones de la provincia, como los Altos y, por supuesto, la Selva Lacandona y el norte; en el Soconusco y en los valles centrales, donde el número de indígenas se redujo sustancialmente; la relación entre españoles y mestizos e indígenas era 50 y 50% a fines de la conquista. Sólo en las llanuras de Palenque y Pichucalco, una región muy poco poblada, los indios eran minoría (p. 56).

La forma en que se colonizó el territorio chiapaneco estuvo pues indisolublemente ligada con el despojo y sometimiento de los dueños originales del lugar; ante la carencia de riquezas minerales (en particular oro y plata) y en medio de una sinuosa geografía, la cantidad de migrantes españoles fue menor a la que se trasladó a otras regiones de Nueva España o de Iberoamérica, pero los patrones seguidos fueron los mismos: se poblaron las zonas de clima templado (como San Cristóbal) y donde hubiese mano de obra y tierra para cultivar y criar ganado, y se recurrió a instituciones como la encomienda y el repartimiento para asegurar la posesión de ambos bienes (las personas también eran consideradas como tales).

Los indígenas fueron congregados en varias unidades administrativas y al prohibir la posibilidad de asentamientos comunes con los españoles, desde entonces se buscó mantener la distancia física entre ambos grupos. El impacto simbólico que tuvo la entrada del EZLN a San Cristóbal de las Casas aquel 1 de enero de 1994, puede entenderse mejor si se siguen las pistas que a lo largo del texto va dando el autor a propósito de este punto.

Antes de pasar a otros aspectos que a mi modo de ver destacan dentro del texto

aquí reseñado, recurriré nuevamente a algunos de los múltiples datos duros en los que se apoya la exposición, para recordar el peso numérico que mantenían los indios dentro de la sociedad local hacia el final del coloniaje y contrastarlo con la segregación de que eran objeto: “El censo de 1814 contabilizó alrededor de 130 000 habitantes en la provincia de Chiapas, de los cuales 105 000 eran indios, 21 500 mestizos, y alrededor de 3 500 españoles” (p. 83).

Los acontecimientos políticos que durante el siglo XIX llevarían a la independencia de España, a la proclamación del Plan de Chiapa Libre y a la posterior anexión a México, no alteraron las bases del orden colonial y, por lo tanto, las formas societales mantuvieron su sesgo racista y polarizante. El pequeño grupo que concentraba las riendas del poder conservó sus prebendas y sus vínculos con el resto de la población, se siguieron planteando desde posiciones de superioridad y privilegio, pero en el plano interno sus integrantes vivieron reacomodados ante la emergencia de nuevas familias que reclamaban un lugar junto a la aristocracia criolla asentada en San Cristóbal de las Casas.

Un tercer hilo conductor de la *Breve historia de Chiapas* emerge así alrededor de las pugnas intraelitistas asociadas con pertenencias regionales; al extenderse la frontera agrícola y poblarse una nueva zona de la entidad (los valles centrales), aparecieron en escena grupos de poder distintos a los que habían monopolizado desde la capital de la provincia los beneficios del régimen colonial. La lucha entre conservadores y liberales se trasladó al ámbito estatal en función de los intereses concretos de ambas fracciones (identificadas con los Altos y los valles), y buena parte de los vaivenes decimonónicos que

se vivieron en la entidad dependieron de tales enfrentamientos.

Fueron momentos decisivos en la conformación de una oligarquía que sería capaz de refuncionalizarse durante el siglo XX, de allí que me hubiera sido deseable un seguimiento más profundo de las especificidades derivadas de este proceso. Dado que el objetivo sintético del libro impide acercamientos minuciosos y en aras de simplificar la lectura, se complican las posibilidades de incorporar al análisis los matices finos más que un reclamo al autor (quien por lo demás evita con bastante éxito caer en las grandes simplificaciones a las que generalmente conducen este tipo de textos), mi comentario se dirige a resaltar la complejidad en las disputas por la hegemonía que a lo largo del siglo XIX involucraron a las elites chiapanecas y los reparos que en lo personal tendría para aceptar que:

La elite de Ciudad Real, renombrada San Cristóbal en 1829, y los Altos de Chiapas se volvieron conservadores; los hacendados y comerciantes de los valles centrales, con sus principales centros en Tuxtla, Comitán y Chiapa, se volvieron liberales” (p. 96).

Desde mi punto de vista, la lejanía y aislamiento de la entidad dificultaron la identificación mecánica del liberalismo y conservadurismo locales con los personajes y procesos que a muchos kilómetros de distancia representaban ambas tendencias. El enfrentamiento entre los finqueros tradicionales que dominaban la región alteña y los nuevos latifundistas que, nacidos al amparo de la expansión agrícola hacia los valles, necesitaban derrumbar las tapias con las que sus rivales les obstaculizaban el paso, ayudó a los contrincantes chiapanecos a identificarse con una u

otra postura, pero en realidad tenían poco que ver con las batallas que se libraban lejos de ellos y que dominaron el escenario nacional entre 1821 y 1867.

Más adelante, al tiempo que en el centro del país los liberales finalmente se imponían y restauraban la república, en el plano local se aprovechó la inestabilidad que acompaña cualquier reacomodo importante en los grupos de poder, e independientemente de su filiación ideológica, viejos y nuevos caudillos se apropiaron de la esfera pública (manejándola como si fuese privada) dentro de las zonas específicas en las que se asentaban sus fueros; los elementos en los que se fundamentaba su ascenso y reproducción favorecían por lo general su caída, pues todos ellos deseaban ensanchar sus dominios y eso implicaba desbancar a sus homólogos. El recorrido que hace Zebadúa por los avatares que se vivieron en el terreno de la política a lo largo de esta época, demuestra que quienes nominalmente gobernaron Chiapas se encontraron entre fuerzas informales sobre las cuales les resultaba difícil imponerse. Ni la estructura administrativa ni los canales políticos ayudaban al ejecutivo estatal, quien se las “veía negras” para cumplir las dos principales tareas que se le habían encomendado: cobrar impuestos y mantener el orden.

A punto de concluir el siglo XIX, la situación económica de la entidad tampoco era muy halagüeña:

El comercio continuaba realizándose por las mismas vías que existían en el estado cuando se incorporó a la república mexicana, predominando el transporte por carreta o canoa y, de una manera muy extendida, mediante los cargadores indios. Las regiones

no estaban conectadas entre sí; en muchos casos era más cercana la relación con Guatemala o los estados vecinos de Tabasco y Veracruz. En general, Chiapas estaba relativamente incomunicada y un número muy importante de sus comunidades prácticamente aisladas (p. 115).

Con el porfiriato llegaron algunos cambios; bajo la égida rabasista, el gobierno estatal desplazó a los otros centros de poder político y los finqueros asentados en los valles centrales consolidaron su encumbramiento. Durante esta etapa se procuró mejorar el lamentable estado en el que se encontraban los medios de comunicación, y aunque las obras emprendidas se distribuyeron desigualmente, favoreciendo sobre todo a las fracciones de la elite que iban en ascenso, el simple hecho de abrir o facilitar el acceso a ciertos puntos se reflejó en un mayor tránsito de personas y mercancías, y aumentó la capacidad productiva.

Al igual que en otros puntos del país, la búsqueda del crecimiento material y económico no se tradujo en mejores condiciones de vida para la mayoría de la población; de hecho, la gesta revolucionaria iniciada en 1910 se nutrió de los descontentos acumulados durante la etapa previa y mostró los límites de una modernización con escaso contenido social.

En el caso de Chiapas, la fase armada del movimiento tuvo poco eco; la revolución dejaría sentir sus primeras consecuencias importantes en la entidad hasta el ascenso del carrancismo, cuando el Primer Jefe envió a un gobernador para que lo representase localmente. En ese momento los hacendados locales se sintieron amenazados, y para defender su independencia y privilegios se opusieron con las

armas en la mano a los posibles influjos del constitucionalismo.

Grupos con perfiles e intereses distintos se rebelaron así contra la administración federal que se les imponía y, aunque formalmente se vincularon con el anticarrancismo desarrollado en el centro y norte de México, su lógica y objetivos respondían más a la dinámica estatal que a la nacional. La derrota de Venustiano Carranza en 1920 les abrió, sin embargo, la posibilidad de aliarse con los vencedores, y en un abrir y cerrar de ojos abandonaron el campo contrarrevolucionario para convertirse en los abanderados dentro de la entidad del proceso al que antes se habían opuesto.

Las grandes líneas de lo que a partir de entonces ha sucedido en Chiapas sirven de base para el último capítulo del libro y para las reflexiones finales que a manera de epílogo presenta el autor. El corte a partir del cual se concluye el recorrido iniciado siglos atrás, está dado por la entrada en escena del EZLN, decisión que me parece acertada porque en términos temáticos dicho movimiento constituye el puente hacia el siglo XXI; sin embargo, hubiese agradecido que se profundizara un poco más en su impacto para la vida estatal y en sus implicaciones para el ámbito nacional.

En esta apretada reseña de una *Breve historia de Chiapas* no queda mucho más por decir; simplemente agregaría que el trabajo de Zebadúa cumple su cometido y que un público amplio encontrará en él seguimientos rigurosos de aquellos momentos y procesos que han sido cruciales en el devenir de la entidad a lo largo del tiempo.

Diana Guillén
INSTITUTO MORA

Virginia Guedea *et al.*, *La independencia de México y el proceso autonomista novohispano 1808-1824*, IIH-UNAM/Instituto Mora, México, 2001, 456 pp. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 36).

En el año de 1994 un grupo de investigadores mexicanos y extranjeros de diversas instituciones, y un equipo de estudiosos auxiliares llevaron a cabo un proyecto de investigación, auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), titulado *La Independencia y la Formación de las Autonomías Territoriales Mexicanas 1808-1824*. El propósito era analizar el desarrollo del fenómeno autonomista novohispano tras la crisis del sistema colonial, como consecuencia de la implantación de las reformas borbónicas y los conflictos que se generaron entre las provincias y el centro.

Para lograr la propuesta se trabajó en distintos archivos de fuentes documentales en México, como el Archivo General de la Nación, el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Histórico de la Ciudad de México, el del Palacio de Minería, el Legislativo del Estado de México y el Archivo General del Estado de Coahuila, entre otros. Entre los archivos de España se encuentran el Archivo General de Indias en Sevilla y el Archivo General Militar de Segovia. Así como también los documentos de la Benson Latin American Collection, Colección Genaro García, de la Universidad de Texas, Austin. Otras fuentes fueron básicas a lo largo del proyecto, como la folletería de la época y las Actas Constitucionales y de las Diputaciones Provinciales de las Cortes de Cádiz, Nueva España, México, Guatemala y Costa Rica. Además, se leyó una amplia gama de bibliografía especializada con la